

volumen se ajusta con sencillez al propósito divulgativo y traza un plano esencial del mundo humano y literario que rodeó al novelista. Sin embargo, en cuanto a este panorama, es lícita una reserva, pues la autora propone un abigarrado mosaico de opiniones ajenas donde alterna citas imprescindibles –tales son los casos de Mario Praz y Hans Hinterhäuser– con otras peor elegidas, cuando no claramente superfluas e innecesarias para construir su atractivo proyecto.

Todo está hecho con espejos. Cuentos casi completos, Guillermo Cabrera Infante, *Alfaguara, Madrid, 1999*, 248 pp.

Desde *Así en la paz como en la guerra* (1960) hasta la presente colectánea de relatos, el cubano Cabrera Infante (Gibara, 1929) se halla dominado por su propia mitología, si se quiere revisada para que cuadre con el paisaje («La nostalgia es la memoria del alma», decía en *Mea Cuba*) y con el salto en el vacío que es el oficio de escribir. Como en todos los mitos, hay en éste invariantes que se superponen a la transformación, datos que iluminan una vida y otros que devanan ese ovillo de lino que Dédalo le dio a Ariadna (por algo nos avisa Cabrera de que la ordenación del

volumen es arbitraria y de ningún modo indica el orden en que deben ser leídos sus cuentos, privados ya de fecha y contexto).

Lo autológico se convierte en creación personal, y si todo está hecho con espejos (¿simetría o duplicado?), no está de más encontrar en estos cuentos el espejo de la vida habanera («Mis versiones –advierete– son pobres reflejos del relato oral que se ha llamado en Cuba *relajo real*»), y también el espejo partido y el deformante, el espejo como metáfora de apariencias superficiales y como residencia de almas o mundos alternativos, el espejo de la introspección y, felizmente, la imagen espejo del cinematógrafo.

Con su prosa de madrèporas y el humor cáustico que suele frecuentar, Cabrera experimenta con los recursos del idioma y recrea el coloquialismo cubano con necesaria garrulería. Habitado al género corto, el fabulador inspecciona el costumbrismo en primera persona del singular y propone un riquísimo y divertido anecdotario (el jardín trasero de cada casa). Hay en estos relatos arcángeles que se vuelven faunos, inspectores de supercherías, visitantes hundidos en el tópico y, sobre todo, cubanos gramaticales, de apasionada locuacidad, sometidos a la ciencia de inventar cómo vivir.

Bajo el mismo pabellón, se adjuntan en el repertorio cuentos como «Josefina, atiende a los señores» y

«La duración del tiempo», donde el habla local cobra protagonismo y sale al juego, intentando captar en las bocas ajenas la verdadera esencia de un tiempo y una geografía. Otras entregas corresponden a una faceta imprevisible de este mundo, caso del conocido «Delito por bailar el chachachá», en que la experimentación se delinea claramente para destilar su riqueza de matices y referencias literarias. Sigue la orla de bombillas eléctricas «Muerte de un autómeta», donde Cabrera prolonga con ingenio el truco revelado en «Maelzel's Chess-Player», de Poe. En otros relatos cabe reírse de las preguntas inquisitivas alrededor del estereotipo cubano (véase «Historia de un bastón y algunos reparos de Mrs Campbell»), y también disfrutar de leyendas repetidas por la feligresía cinéfila, como sucede en «El fantasma del Cine Essoldo», donde el escritor diagnostica su enfermedad predilecta.

Los nazis en Chile, Víctor Farías, Seix Barral, Barcelona, 2000, 586 pp.

En su obra ensayística el chileno Víctor Farías ha encarado asuntos enigmáticos y controversiales, entendiendo por ello que sus conclusiones han sido perturbadoras, y ciertamente muy discutidas. Para dar un veloz panorama de semejan-

te itinerario, baste citar su libro *Heidegger y él nazismo* (1987) y las dos monografías que dedicó a la literatura *proscrita* (sic) del joven Borges, *La metafísica del arrabal* (1992) y *Las actas secretas* (1994).

A través de varios niveles de análisis, Farías intenta en la presente entrega una historia de las relaciones germano-chilenas entre 1932 y 1945. Tan amplia y documentada presentación debe mucho a sus pesquisas en el Archivo Secreto del Estado de Prusia (GSTA, *Geheimes Staatsarchiv*), donde se reúnen todas las actas del Instituto Iberoamericano de Berlín (*Ibero-Amerikanisches Institut*, IAI) hasta 1944. El citado Instituto fue, bajo la guía del general Wilhelm Paupel, el arco disparador de la penetración nazi en América Latina. De ahí que sus tortuosas actividades ordenasen la influencia ultramarina del nacional-socialismo, influencia concretada a través de diversos canales, entre ellos el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich (AA, *Auswärtige Amt*), el partido nazi (*National-Sozialistische Deutsche Arbeiter Partei*, NSDAP), su sección encargada del extranjero (AO, *Ausland-sorganisation*) y, lógicamente, el grupo nazi chileno, NSDAP (AO) *Landesgruppe Chile*. Otras organizaciones del frente nazi, de orden periférico, fueron las escuelas alemanas (*Deutsche Schulen*) y la Iglesia Evangélica alemana. Para el historiador, una figura relevante en toda esta operación fue una diplo-